



La sociología de la juventud revisitada. De discursos, estudios, e “historias” sobre los “jóvenes”.

Mariano Urraco Solanilla.
Universidad Complutense de Madrid.
marianous@cps.ucm.es

La sociología de la juventud tiene, en su nacimiento, una indisociable (y obvia, por otra parte) relación con el propio concepto de “juventud”, a cuya evolución histórica responde en cierta forma, y del que nos ocuparemos en el primer apartado de este artículo. De forma general, podemos señalar los primeros trabajos de Allerbeck y Rosenmayr (1977) o Galland (1984, 1991), por citar sólo algunos, como germinales en la configuración de esta rama de la sociología, que posteriormente alcanzaría un cierto auge, sobre todo en temas más cercanos a lo psicosocial (identidad, procesos de socialización, etc.), que a lo antropológico; más en el plano de cuantificación de los fenómenos implicados que en el del análisis cualitativo de las dinámicas subyacentes a los mismos. En España, con cierto retraso, esta línea de investigación adquiere carta de autoridad a partir de la puesta en marcha de estudios que, bajo la forma de encuesta de opinión y actitudes, pretenden acercarse al conocimiento de ese nuevo actor social que la historia ha ido configurando: el joven, cuyo espacio irá, como veremos a continuación, creciendo a lo largo de las décadas subsiguientes¹.

1. Breves instantáneas históricas acerca del concepto de “juventud”.

La “juventud” no ha existido siempre. Esta primera aseveración debe servirnos para iniciar el recorrido histórico que ha ido configurando este fenómeno (que después, siguiendo una formulación propia, entre otros, del profesor Alvira, se convertirá en *problema*), frente a la concepción ingenua que tomaría esta categoría eténea como un universal cuasi-natural². Hasta fechas relativamente recientes en la historia de la humanidad, la juventud no existió como tal, observándose un tránsito sin solución de continuidad (frecuentemente mediado por algún tipo de rito de paso) entre la niñez y la adultez. Los propios aspectos demográficos que atañen a las distintas sociedades humanas han de ser tomados en consideración en este punto, como factor que puede

¹ Todavía hoy, no obstante, no se ha introducido en los planes de estudio de la carrera de Sociología (¿en vías de extinción? ¿los planes o la carrera?) una asignatura dedicada específicamente a esta temática, una “sociología de la juventud” (existe la “sociología de la edad”, “de los grupos”, “de la vejez”...). Retomo aquí una crítica que planteaba el que en su día fue mi profesor, Juan José Lacalle, quien señalaba cómo en nuestro plan de estudios existían “sociologías de la pelota de fútbol, sociologías de la pelota de ping-pong... pero no hay una *sociología de las pelotas...*”, criticando el carácter deslabazado y poco integrador del que adolecerían los procesos de formación de futuros sociólogos en la universidad española.

² En este punto (cuya revisión puede seguirse en el propio texto de Allerbeck y Rosenmayr; 1979:19-26) muestra sus potencialidades más claras respecto al tema de estudio la Antropología, que, no obstante, apenas sí ha sido tomada en consideración a la hora de abordar la configuración de la figura del joven. Es esta una de las “contribuciones” que podría haber aportado Feixa (1989), quien trata de recoger la utilidad y las potencialidades que para el estudio de la juventud tiene la Antropología. Opta más, en este caso, por centrarse en aspectos metodológicos, derivados de la investigación etnográfica: trabajo de campo “desde dentro”, perspectiva *emic*...

estar (que está) en la base de los sucesivos cambios en la ordenación de los tiempos sociales (y los tiempos biográficos como parte indisoluble de los anteriores)³.

El recorrido histórico ha de comenzar por los “rudimentos de una categoría social llamada juventud” (Allerbeck y Rosenmayr, 1979:158) en la antigüedad y la Edad Media europeas, categorías que tienen vinculadas una serie de imágenes correspondientes y cambiantes⁴.

Empezaremos el recorrido por la antigüedad griega, por la indeleble herencia dejada para la configuración de “nuestras” sociedades. Así, la juventud aparece vinculada a la idea aristotélica de “término medio” o “punto medio”, como mediodía entre la mañana y la tarde, como momento de plenitud (el medio siempre considerado como elemento de equilibrio, fuente de virtud, frente a los denostados extremos que degeneran en vicio). No obstante, en su *Retórica*, el propio Aristóteles empezaba situando la juventud como el extremo inferior (por contrario a “los ancianos”, que son “desconfiados y maliciosos, porque están desilusionados y han sido humillados por la vida (...) son cobardes y siempre temen lo peor. Todo lo consideran desde el punto de vista de su utilidad⁵), si bien posteriormente esta posición marginal (por cuanto está en el margen de la vida) será progresivamente ocupada por los niños, al tiempo que la categoría de joven va engullendo la de “mediana edad”, concepto en su propia formulación tan propio de la tradición griega. En cualquier caso, la juventud ya era considerada por los griegos pre-clásicos, cuyo enfoque etológico se remonta al siglo octavo antes de Cristo, siendo el fundamento de la más antigua división de la vida en diez heptómadas⁶.

Posteriormente, el desarrollo alcanzado por las incipientes ciudades-estado griegas dará un impulso definitivo a la configuración de una etapa de la vida marcada por un “paréntesis” durante el cual la educación, en tanto formación de ciudadanos (en el marco de la democracia participativa de la época), requería un período vital consagrado a tal efecto. Ahora hablamos de “paideia”, y señalamos que en este momento la juventud empieza a aparecer como depositaria de un discurso determinado, es decir, marcada más por una forma cultural (de difusión de nuevas ideas, de cultivo de determinadas formas físicas o expresiones artísticas) que por un período etáneo⁷.

³ Una advertencia metodológica ha de introducirse aquí. Es ciertamente sencillo confundir el concepto demográfico de “esperanza de vida” con “longevidad”, cuando son dos fenómenos relativamente independientes en rigor. Una esperanza de vida de 35 años, pongamos por caso, no implica que esa sea la edad máxima que alcanzan los miembros de una sociedad (entonces, obviamente, cómo iba a existir un período acotado como “de juventud”, ¿o sí?), sino que lo que realmente viene a reflejar es una elevada mortalidad infantil, que influye directamente sobre la *media* (este es el concepto estadístico que supone la aproximación más cercana a la noción de esperanza de vida) que “viven las poblaciones”. Remitir aquí a manuales específicos de demografía para un tratamiento más exhaustivo de este y otros conceptos relacionados: Livi Bacci (1993), Abellán *et al.* (1991), Pressat (1983) y Newell (1988).

⁴ Para esta breve introducción histórica en el concepto de juventud se ha seguido, fundamentalmente, el citado texto de Allerbeck y Rosenmayr, apoyado en la compilación que Levi y Schmitt (1995) hacen en su *Historia de los jóvenes* (no ha de esperarse, no obstante, que esta obra presente una historiografía exhaustiva del tema, pues está construida a partir de “ensayos” de diversos autores que abordan distintos aspectos de la vida social de un momento histórico relacionados con los jóvenes de forma más o menos directa -por ejemplo: “La experiencia militar”, o “La juventud obrera. Del taller a la fábrica”). En España no se ha conseguido encontrar una reconstrucción histórica análoga.

⁵ Citado en Allerbeck y Rosenmayr, 1979:159

⁶ Con una clara influencia de la astrología, Hesíodo (al que volveremos –“todo es regreso”) desarrollaría originariamente este enfoque, posteriormente ampliado por Solón, por el cual la vida se divide en diez períodos de siete años: “a los 7 años sobreviene la segunda dentición, a los 14 la pubertad, a los 21 aparece la barba, a los 28 se está alcanzando el mayor vigor físico, a los 35 es el momento de casarse y procrear (...) a partir de los 63 el hombre se acerca a la *propensión a la muerte*” (Allerbeck y Rosenmayr, 1979:159).

⁷ Téngase en cuenta que, aunque no se explicita, nos estamos refiriendo en todo momento a una juventud masculina, de ciudadanos, en el seno de una sociedad que denostaba a la mujer incluso como referente estético, y que descubre en los hombres jóvenes el ideal de guerrero, de pensador, de amante (piénsese que de *paideia* se deriva *paiderastia*, como sistema de relación educador-

Mucho más trascendente para la historia posterior ha sido la imagen que los romanos tenían del hombre joven. Para los griegos (dejemos fuera en este punto la organización social de Esparta, por sus ciertos elementos idiosincrásicos singulares) el joven estaba inmerso en una (ciertamente idealizada, por lo demás) comunidad en la que los principios claves eran la amistad (el *eros*) y la educación (la señalada *paideia*). El sistema romano, más centrado en las unidades familiares que en la comunidad asamblearia (se imposibilita la relación “indigna” entre mentores y jóvenes, la relación es mucho más asimétrica: es la madre primero y el padre después quienes se encargan de la educación del menor), cargan al joven de responsabilidades y obligaciones, y aprovechan al máximo su vigor y su cierta “ingenuidad vital” para fines militares. Precisamente será la fortaleza militar la que mantenga esta representación a lo largo (en lo geográfico y en lo temporal) del Imperio, sustituto “común” (con las necesarias reservas al generalizar una situación necesariamente dispar) del Occidente posterior; representación (y militarismo) que serán recobradas mucho después en la Historia, como veremos.

Posteriormente, la Edad Media supone ya el reconocimiento expreso de un período vital marcado por el adolecimiento⁸. “De propietarios del futuro a prisioneros del presente”, titula un apartado de su artículo Lozano (1994: 37), refiriéndose a los jóvenes. Volviendo al texto, tres son las instituciones que Allerbeck y Rosenmayr (1979: 164) señalan como fundamentales para el fenómeno de la juventud en el mundo medieval: la caballería (el joven como escudero), la universidad (el joven como estudiante), y el gremio (el joven como aprendiz). Las tres instituciones marcan un rito de paso, temporalmente prolongado (el “paso” no es un momento puntual, como podría pensarse), que da acceso a la madurez, alcanzada la cual la autoridad “afloja” su lazo sobre el joven, que entra ahora a ser “hombre”. Observamos en todo esto un proceso marcadamente normativizado de reproducción social, en el cual los jóvenes sólo dejan de serlo cuando adquieren la aprobación de los mayores, que los acogen y les encomiendan la (con)formación de otros jóvenes.

El Renacimiento supondrá un retorno a la valoración (siempre idealizada) de la juventud de la antigüedad clásica. Obviamente, hablar aquí de juventud atendiendo a consideraciones meramente etáneas es, como dirán repetidamente Allerbeck y Rosenmayr, una forma de desviar la atención de otra serie de procesos que están operando poderosamente, en la base de la estratificación social⁹. La historia de los jóvenes durante este período está muy determinada por las fronteras sociales (de status, educativas, etc.) que les separan en el interior del heterogéneo grupo definido por unos límites de edad difusos. En cualquier caso, las epidemias, las guerras endémicas, y diversos problemas de salud pública, hacen que sean muchas las personas que mueren antes de alcanzar siquiera los veinte años, marcando por lo tanto la juventud (o la infancia) como una especie de período maldito del cual se anhela escapar lo antes posible ante las probabilidades de morir que parecen ser mayores en esas etapas de la vida.

educando, repudiado por nuestra actual sociedad por cuanto se considera de “abuso” o de “depravación”, según la perspectiva concreta de cada uno, dentro de un mayoritario consenso social de rechazo).

⁸ El término no es casual. Hablar de juventud no equivale, en nuestros días, a hablar de “adolescencia”, si bien es una disquisición hasta cierto punto menor. Adolescente (del latín *adolescere*, crecer: adolecer) es el marcado con la falta, el propietario de la ausencia, el que todavía no es. Joven es, entonces, un proyecto de hombre que ha de confirmarse como tal. Indicamos la distinción con respecto a los adolescentes (con su *historia* propia), pero los asimilamos ahora (si bien a efectos publicitarios, comerciales, tan importantes en nuestras sociedades actuales, constituyen dos segmentos –*target*– que tienden a diferenciarse).

⁹ Ver, al respecto, la crítica de Martín Criado, cuyo principal argumento recogemos en el apartado siguiente (*circa* nota 23). Crítica, por otra parte, que enlaza con una acusación que pesa recurrentemente sobre la perspectiva feminista, a la que se critica por obviar con demasiada frecuencia otras fuentes de desigualdad distintas al género, en su caso.

La era preindustrial, reflejada magistralmente por Gillis (1974) en su *Youth and History*¹⁰, nos presenta a un joven que, pese a su menor desarrollo físico con respecto a la actualidad (retrasos sensibles en la entrada en la pubertad, o en la menarquía, aparte de diversas carencias alimentarias o sanitarias), vive una situación de semi-independencia desde edades mucho más tempranas (¿a vueltas con la emancipación? Debate omnipresente en nuestros días). En aquella época, la no extensión todavía de un sistema educativo “nacional”, junto a la propia constitución social del trabajo, conducen a un escenario de falta de alternativas, que hace que los niños comiencen a desempeñar tareas laborales desde muy pequeños. A esto hay que sumarle la práctica común de emplear a los niños en todo tipo de tareas en casas ajenas a la suya propia: abandonando a los padres a la edad de 8 o 9 años, los hijos empiezan un período de semi-dependencia que se prolongará hasta el momento en que contraigan matrimonio y se conviertan en *pater familias* a su vez. A ese intervalo temporal es a lo que entonces se denominaba juventud¹¹. Es un lapso, por lo tanto, más marcado por cuestiones “sociales” que biológicas, en el que el joven, no obstante, pese a comportarse prácticamente como un adulto (“les visten como pequeños adultos”, incluso: la vestimenta es siempre material –*data*- de interés para el analista social), mantendrá una posición subordinada hasta que se convierta en *householder*, hasta que se convierta en un adulto y ejerza como tal: “Se les recuerda constantemente su semidependencia en base a su inferior status en lo económico, social y legal, en una sociedad en la cual los plenos derechos estaban reservados fundamentalmente a los cabezas de familia y a otros maestros artesanos y de otras jerarquías corporativas”¹².

La Industrialización marcará un nuevo giro de tuerca a la situación de los jóvenes, obligados (mediante las *enclosures* y otras fórmulas coercitivas al uso) al trabajo manual en la incipiente industria. La duración del ciclo vital se alarga ante las paulatinas mejoras de salud pública, al tiempo que disminuye la mortalidad, pero el trabajo industrial absorberá todas esas mejoras en una prolongación de la explotación (calculada, como después reflejará el propio Marx) del trabajador. El joven, considerado en su plenitud física, se constituye en el principal motor de la industria, que no le demanda especialización o *maestría*, y que sólo le exige su fuerza física (que no intelectual): trabajo *embrutecedor*, en los términos de Engels. Hablar de “joven”, no obstante, es un ejercicio cuando menos cuestionable, pues más que en términos de edad, se debería hablar en términos de estado físico, independientemente de aquélla, aunque se presume que ciertamente vinculado (de nuevo, los problemas de definición, de acotación del término “juventud”). Las viejas estructuras artesanales caen aplastadas bajo los caballos de vapor, y la ordenación social basada en estadios cede el paso a una nueva forma de dominación, fundamentada en la propiedad. El joven como mano de obra, sin tiempo más que para reproducirse en aras de mantener un orden social *alienante y degenerativo*¹³.

¹⁰ Cuyo subtítulo es: *Tradition and Change in European Age Relations. 1770-Present*. Esta obra complementa la lectura temporal de Allerbeck y Rosenmayr, si bien se centra quizás en exceso en el caso británico.

¹¹ “Lo que comúnmente llamaban juventud (*youth*) era un período de transición muy largo, que empezaba en el momento en que el niño, muy pequeño, se hacía más o menos independiente de su familia, normalmente en torno a los siete u ocho años, hasta el momento en que alcanzaba la independencia total con el matrimonio, normalmente en los *mid or late twenties* (...) A los catorce, una gran mayoría vivía en un estado de semidependencia, ya fuera como sirvientes en casas, aprendices viviendo en las casas de sus maestros, o estudiantes que cursaban sus estudios lejos de sus familias. Es precisamente este alejamiento de sus familias lo que da a la juventud preindustrial su peculiar estructura y significado” (Gillis, 1974:2).

¹² Gillis (1974:9). Se enfatiza, además, el castigo físico, que recibían tanto los aprendices procedentes de familias más modestas como los estudiantes de prestigiosas universidades de extracción social mucho más acomodada, como forma última (la violencia, al fin y al cabo) de mostrar esa dominación, la fuertemente jerarquizada sociedad preindustrial, herencia de una organización gremial en lo laboral y “castista” en lo social.

¹³ La llamada Revolución Industrial ha sido sobradamente documentada, por lo que no nos vamos a detener aquí en exceso en ella. Puede hacerse una referencia, siempre interesante, a la novela de la época, para tratar de ver la situación en que vivían los jóvenes del momento. No hemos dicho nada tampoco del trabajo infantil, totalmente naturalizado pero diferenciado también del “juvenil”, en cuanto a dureza física se refiere.

El progresivo avance de la industria *conduce* a la primera gran conflagración bélica considerada por la Historia: la denominada *Primera Guerra Mundial*. A la salida de aquella cruenta experiencia, esencialmente europea, la noción de joven va a experimentar un cambio radical, en el marco de los fascismos incipientes que acabarán con las democracias del período de entreguerras. La guerra es vista como una sangría (innecesaria) de jóvenes provocada por los errores de los viejos, de los que no están a la altura de los tiempos (que pronto serán “nuevos”). “Juventud, juventud, ¡primavera de belleza! Por la vida y la ebriedad ¡tu canto resuena y va”, decía el canto fascista¹⁴, exaltando las bondades de una etapa vital marcada por el heroísmo, el desinterés y la belleza: “el joven posee un alma de héroe”, se podía leer en la revista del Movimiento: *Gioventù Fascista*. Mussolini (“el más joven de todos nosotros”¹⁵) consideraba la juventud (y aun la infancia) como el símbolo del fascismo (la “eterna juventud del fascismo”), la imagen del *homo novus* preconizado, heredero no obstante de un pasado glorioso¹⁶: “El Fascismo es juventud y, por tanto, belleza, pasión y armonía. Será, evidentemente, la imagen del efebo atlético y vigoroso, armoniosamente dotado de belleza y de juventud, a quien le corresponderá simbolizar al *homo novus* del fascismo, o más exactamente, al mismo fascismo. Este hombre –joven y con hermosas cualidades- que tiene el paso seguro y la mirada directa, se llama el Italiano de Mussolini. Vosotros lo divisáis a cien metros de distancia, con un gran aplomo, enfundado en su uniforme negro, que es la señal externa de su fe (...). A la estética personal le corresponde una ética del atuendo” (Malvano, 1996: 315). La juventud como caldo de cultivo del fascismo, y como sustrato del mismo: violentos por jóvenes, por inexpertos, por impetuosos... por heroicos y amantes de la *Madre patria*. Fascismo que se extenderá, aprovechando el mito de *Balilla*¹⁷, a los propios niños, marcando una diferencia en función del sexo general al conjunto de la sociedad: los niños habrán de entrenarse (las ideas de disciplina y competición, que hacen del deporte un sustento importante del régimen) para ser futuros guerreros: decididos y obedientes; mientras que las niñas habrán de prepararse para convertirse en madres (“lobas romanas”), en el seno de una política demográfica imperial que canta las bondades de una “tierra más allá del mar” que espera las “camadas” de jóvenes familias fascistas.

El Tercer Reich, pese a integrar algunas aportaciones de sus compañeros italianos, y apreciar la estética impuesta por estos, introducía algunas particularidades en lo que al proyecto para los jóvenes atañía. El papel reconocido a la familia por el fascismo italiano es asumido por el Estado en el nacionalsocialismo alemán, encargado de la educación de los jóvenes y que “explotaba al máximo las tensiones familiares”, creando conflictos intergeneracionales o aprovechándolos en el interior de las familias¹⁸. El partido nazi, tras tomar el mo-

¹⁴ Diferenciaremos aquí “fascista” para referirse al régimen mussoliniano, y “nacionalsocialista” para denotar el implantado en Alemania de la mano de Hitler. Las referencias se han extraído de Malvano, 1996:311-346 y Michaud, 1996:347-375. Ambos artículos presentan abundante material gráfico de gran interés sociológico.

¹⁵ Ver Malvano, 1996:334-336 para una revisión (acompañada de material gráfico) de la construcción simbólica del *Duce* como epitome de la idea fascista.

¹⁶ La importancia que tiene la familia en Italia permitirá conectar, en las representaciones pictóricas (propagandísticas o no) del momento, a ancianos y jóvenes, en la idea de continuación de una *estirpe*, que es a la vez joven y muy antigua, enlazando así con el pasado glorioso (imperial) de la Roma antigua: “estirpe trabajadora y guerrera heredada de los últimos abuelos, continuadora del arado de Rómulo y del fusil de Garibaldi” (*Gioventù Fascista*, 1-II-1934, citado en op. cit. 1995:330).

¹⁷ La voz italiana *balilla* es una deformación del nombre de pila Battista; que hace referencia a Giovanni Battista Perrazo, el adolescente que en 1746 inició (con célebre lanzamiento de piedra a un cónsul austriaco) la insurrección de los genoveses contra la ocupación austriaca. En los tiempos del fascismo, recibían este apelativo los muchachos de edades comprendidas entre ocho y catorce años que pertenecían a organizaciones de carácter marcadamente paramilitar. Todavía hoy puede encontrarse una referencia a este personaje mítico en el himno nacional italiano (*Il canto degli italiani*, más conocido por “Fratelli d’Italia”), cuando dice: “...i bimbi d’Italia / Si chiaman Balilla”.

¹⁸ Sobradamente conocida es la práctica de denunciar, tan fomentada por el régimen, a quienes no tuvieran la necesaria ortodoxia o no rindieran la suficiente devoción al Führer, práctica que retrató, con su habitual profundidad, el escritor inglés George Orwell en su clásico *1984*, donde describe como el vecino (llamado, curiosamente, Parsons) del protagonista (Winston Smith) acaba siendo

nopolio de la educación con el fin de formar al “Hombre Nuevo” (racista, sobre todo, a partir del *how to do* redactado en el programático *Mein Kampf* de Hitler), se arrogará la única autoridad sobre los jóvenes, constituyendo al Führer en *padre* amoroso de todos los niños arios, que deberán jurarle voluntad y construir su ética a partir de la idea de “utilidad para el Führer”. Hablamos de una educación marcadamente militar, que se extendía de forma totalizadora al conjunto global de la vida del individuo¹⁹. Al igual que en el caso italiano, la división de las funciones por género era radical, y la eugenesia alcanzaba niveles extraordinarios bajo la idea de “dar un hijo al Führer”, un hijo orgullosamente “nacido para morir por Alemania”, en la línea de una eliminación total de la individualidad y la familia, la idea del “material humano” (*Menschmaterial*), tras la que subyace, como siempre, la noción de *raza*. Esta educación, recibida en las sucesivas escuelas, tiene por objeto fundamental acabar con la libertad de los jóvenes, reglando todas las esferas de su vida, retirando así cualquier responsabilidad que no fuera la de servir al Führer (“responder al deseo del Führer”, era la fórmula empleada), es decir, “servilizar e infantilizar a un pueblo entero, con el fin de que se conservase *eternamente joven*”²⁰, pues la juventud es belleza, es una actitud (*Haltung*), un comportamiento, una forma de espíritu (como el Arte, “eternamente joven” en palabras del idolatrado Wagner). “¡Dejad paso, viejos!”, “¡Largaos, viejos”, eran consignas frecuentes en los discursos nazis: “Sólo lo que es eternamente joven tiene un lugar en nuestra Alemania” (citado en Michaud, 1996:349), pero es una juventud de espíritu, actitudinal, tal y como también puede haber arios de apariencia que resulten judíos de espíritu y, por tanto, la vigilancia ha de ser continua (la denuncia, obviamente, también). Joven es el portador de una “idea nueva”, encarnada en el Führer, y por la que se ha de estar dispuesto a morir: “soldados de una idea”, se titulaba este capítulo del libro de Levi y Schmitt.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la idea que predominará será la de “reformular mediante la educación”, papel educador (o civilizador) que se arrogarán los Estados Unidos de América, en un *revival* de la idea de que la sabiduría conduce a la virtud, pretendidamente sustentada en la propia historia de los sistemas educativos (que conducían al *vicio*) en Alemania e Italia. Los jóvenes, así, son nuevamente tomados como peligrosas cabezas vacías, que sólo mediante una formación responsable en los valores indicados pueden llegar algún día a heredar la responsabilidad (y “la tierra”) que les habrá de corresponder, siempre en un horizonte futuro.

La recuperación económica de Occidente, y la pretendida mejora progresiva del resto de áreas, en un proceso internacionalizador del capitalismo (tendente a la postindustrialización), va a ir configurando a la juventud como agente, sobre todo, de consumo. El consumo aparece como panacea de todas las frustraciones de los

encarcelado (a la espera del “tratamiento” correspondiente) tras una denuncia de su hijo pequeño, que había notado cierto abandono de sus obligaciones para con el partido. El padre se muestra orgulloso de su pequeño policía doméstico...

¹⁹ Bäumler, catedrático de Filosofía, definía a ese “Hombre Nuevo” como “soldado político”, fruto de un sistema de educación transformado: “Por soldado político entendemos el tipo histórico de soldado de hoy, el hombre que sabe a quién obedece y por qué combate, el hombre que se siente soldado de una idea concreta, el misionero de un cometido histórico. Ese sistema de educación soldadesca, decía Bäumler, tiene que englobar a todos los alemanes, quienesquiera que sean y cualesquiera que sean sus funciones” (Michaud, 1996: 351). A los diez años, los niños estaban obligados a enrolarse en el primer nivel de la escala de las Juventudes Hitlerianas, donde se le enseñaba a “pensar en alemán... con el fin de identificarse con el retrato ideal, convertido en legendario, que Hitler le brindaba como modelo” (ibid.:359), a saber, “El muchacho alemán del porvenir ha de ser vivo y listo, más rápido que el galgo, más resistente que el cuero, más duro que el acero de Krupp. Para que nuestro pueblo no desaparezca bajo los síntomas de degeneración de nuestro tiempo, hemos de construir a un Hombre Nuevo” (Adolf Hitler en Baynes, 1942:542, citado en op. cit.:359)

²⁰ Op. cit.:356. Subrayado nuestro. El propio Hitler afirmaba en sus *Principios de Acción* (1932: 104): “Es preciso que nadie pueda decir que habrá para él un tiempo en que se le deje a su albedrío”. Y después, ya en el poder, llegará a decir, con mayor brutalidad si cabe: “...y en toda su vida, ya nunca serán libres” (discurso citado en Klonne, 1932:30). Ambas citas en Michaud (1996:356).

jóvenes. El *american way of life*, el estilo de vida de *los triunfadores*²¹, se implanta con “otras formas de violencia”, más sibilinas en las ruinas de Europa, pretendida “Cuna de la Historia y del mundo actual”. Desde entonces, la *mano invisible* que mece el capitalismo va a ir fragmentando la sociedad, propiciando divisiones en cualesquiera ámbitos en aras de crear más y más mercados para un número creciente de productos. La “nueva” división juvenil no respondería, así, más que a una estudiada estrategia de marketing que habría de derivar después en sucesivas sub-fragmentaciones en el interior de ese grupo, creado *ex novo* por el sistema capitalista. Los mercados se van fragmentando y la saturación de productos sigue buscando nuevos nichos en los que colocarse. La adolescencia se pasa a configurar como nueva etapa vital (con otros gustos, otros intereses, otras culturas...), esto es, como nueva etapa de consumo. La juventud, las juventudes, alcanzan los albores del siglo XXI en un contexto en que ya no se les exhorta por una *idea*, en términos “históricos”, sino por un *ideal* mucho más cotidiano: la identidad se construye a través del consumo. El joven ya no es sujeto del cambio social, a no ser que el cambio se entienda como sucesión en los productos o aun en la forma de consumir. ¿Es este el fin de la Historia y, con él, de esa anciana noción: la *juventud*?²²

2. Sociología y juventud: “Sociología de la juventud”.

Trataremos, ahora, de sentar las bases históricas que han dado origen a lo que hoy se conoce como “Sociología de la juventud”, en tanto especialidad dentro de la reflexión sociológica. El recorrido que seguiremos, con la inevitable selección de autores y momentos que todo recorrido lleva asociada, es el propuesto por Martín Criado (1998) en el primer capítulo del texto que constituye su tesis doctoral²³, quizás el texto más destacado en cuanto a Sociología de la juventud producido en España, dejando claro, como hace el propio autor, que este recorrido que aquí planteamos es sólo “uno entre los posibles” (en la línea de la crítica a la pretendida objetividad científica de este tipo de narraciones que acercan al lector a un falaz *verdad*).

Los antecedentes de la Sociología de la juventud.

A partir de la década de los veinte del siglo pasado, una corriente de pensamiento, cuyos máximos representantes pasan por ser Ortega y Mannheim, presentarán la sociedad como un conjunto (sucesión) de generaciones. A la base de esta “nueva” concepción de la sociedad hay dos elementos principalmente: la traumática experiencia de la Guerra Mundial (vista en el momento como un “error” cometido por los viejos, que supuso el sacrificio de una cantidad de jóvenes desconocida hasta entonces) y la reacción burguesa frente al triunfo de

²¹ Siempre interesantes son las reflexiones que sobre la condición “democrática” de los EEUU realiza Noam Chomsky, en un librito que escribe con H. Dieterich titulado precisamente así: *Los vencedores: una ironía de la Historia* (1987). De este autor, también, es una de las más duras críticas que se han realizado contra el conjunto de la sociedad americana, si bien parecería por su título e incluso por el índice del texto que se dirige más bien a las elites del poder, en *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: los nuevos mandarines* (1969).

²² Sobre la idea del “fin de la Historia”, vinculada aquí a procesos de consumo (y producción, obviamente), volveremos en un nuevo artículo, sobre jóvenes y publicidad, que, encontrándose actualmente en fase de redacción, previsiblemente aparecerá en el próximo número de esta revista. Idea que, por lo demás, me parece del máximo interés y que merecería un artículo (o varios) por sí misma.

²³ Se ha optado por éste texto y, así, por esta historiografía concreta, fundamentalmente por el hecho de compartir con este autor su tesis de base. En el seno de una perspectiva esencialmente constructorista (el título que recibe su obra es ya bastante indicativo al respecto: *Producir la juventud*), Martín Criado (1998) postula la “invención” (*producción*) de la juventud: “...la *juventud* no forma un grupo social. Bajo la identidad del nombre *juventud* –bajo la presunta identidad social de todos los incluidos en un arco de edades– se agrupan sujetos y situaciones que sólo tienen en común la edad: ¿qué autoriza a identificar como pertenecientes al mismo grupo social –por el solo hecho de que ambos tengan veinte años– a un estudiante de Derecho de una universidad privada y a un peón de albañil con contrato temporal? ¿En virtud de qué *formidable abuso del lenguaje* se puede pasar de una identidad de edad biológica a una identidad de conformación de *opiniones, actitudes*, situaciones: de sujetos?” (p. 15).

la revolución soviética, que supuso un movimiento de repliegue tras las generaciones, presentadas entonces como verdadero motor del cambio social, tratando de despojar a la lucha de clases de una pujanza que amenazaría con extenderse por Europa: serían las generaciones los principales actores del cambio social, serían las generaciones las que marcaran las diferencias sociales, por encima de diferencias clasistas al uso hasta el momento. Esta reacción, política, se ve con mayor claridad en Ortega, que sitúa a la juventud en el papel que hasta entonces había tenido el proletariado: la sucesión generacional relevaría a la lucha de clases como motor de la historia, una historia que cambia más en lo *cultural* que en las relaciones de dominación, esencialmente económicas (y, así, políticas). Será Mannheim, no obstante, quien llame la atención sobre los problemas de agrupar bajo una misma *unidad generacional* a todos los individuos de una misma edad: la juventud (como ente generacional) no es una definición meramente eténea²⁴.

La Escuela de Chicago.

La perspectiva de los autores encuadrados en esta tradición teórico-metodológica conduce a la división en dos ramas del estudio de las subculturas juveniles, que adquieren carta de naturaleza con la obra de Thrasher, pionero en este tipo de estudios, *The gang* (1927). Ambas ramas compartirían sus presupuestos teóricos de base, diferenciándose únicamente en sus objetos de estudio: la delincuencia por una parte (subcultura delincuente) y la juventud en sí (subcultura juvenil). Obviamente, pueden darse interconexiones entre ambas, al tiempo que se reconoce el progresivo alejamiento de los estudios sobre delincuencia, que acabarán constituyéndose como especialidad sociológica propia bajo la denominación de "Sociología de la Desviación"²⁵, vinculada, como decimos, a las distintas subculturas (en forma de producciones discursivas) en torno a los jóvenes ("rectos", "enderezados", o "desviados"...).

Paralelamente a lo anterior, se viene produciendo desde el siglo XIX (tomando las ideas reformistas del ser humano del propio Rousseau), en el ámbito de la psicología, un movimiento normalizador de la adolescencia, considerada como un estado *natural*, dominado por tensiones más instintivas que civilizadas y, por lo tanto, amenazadoras del orden público, demandando una *intervención* inmediata de parte de los poderes correspondientes. La definición como universal biológico de esta etapa juvenil, transicional entre los estadios *salvaje* y *civilizado* postulados por Rousseau²⁶, va a desviar la atención de la construcción social de los grupos de edad, estableciendo unos estándares, inevitablemente simplificadores, en los que clasificar (compartimentalizar) a la sociedad. Los jóvenes se encuentran en un momento, psico-biológico, marcado por la inestabilidad, al tiempo que carecen del desarrollo (*madurez* es otro término jactancioso al respecto) para *controlarse*, lo cual lleva necesariamente a la presencia de un *tutor* (nombre que reciben también los palos que se emplean para enderezar a los jóvenes árboles que tienden a crecer doblados) que sirva de guía y pueda, en última instancia, estandarizarle.

²⁴ El autor alemán diferencia entre *conjunto generacional* ("conjunto de agentes que forman cierta unidad por las determinaciones positivas y negativas que una misma situación de generación comporta") y *unidad generacional* ("grupo concreto, con conciencia de sí, que dentro del mismo conjunto generacional actúa de manera similar, apropiándose de manera diferencial el conjunto de experiencias que su pertenencia a un conjunto generacional comporta"). Citado en Martín Criado (1998:23). Con Mannheim volveremos a partir de su obra *Ideología y Utopía* (1929), en el citado próximo artículo en preparación.

²⁵ Materia que sí merece una asignatura en el plan de estudios de la carrera de Sociología, que olvida incluir, como ya dijimos, una asignatura análoga para la sociología juvenil.

²⁶ En *El Emilio o de la educación* (1762), hito que marca el comienzo de la conceptualización de la juventud como momento límite de transición a la adultez dejando atrás la *naturaleza* del niño. En esta obra, Rousseau establece una equivalencia entre el desarrollo del individuo con el desarrollo de la propia especie humana, obviamente imbuida toda esta visión por los condicionantes del momento. Hablará de tres estadios, situando en el central a la juventud (o *adolescencia* en la formulación original): salvaje (infancia), bárbaro (adolescencia), y civilizado (adulto). Para un abordaje sistemático de la posición de Rousseau en su contexto socio-histórico-intelectual, remitir a la obra de Harris (1968)

El estructuralismo.

En 1942, Parsons establece el término *cultura juvenil* en el firmamento sociológico. En su reflexión, el autor norteamericano habla de una cultura juvenil incipiente, esencialmente distinta a la adulta, con un sistema autónomo de normas y valores, en choque directo con los elementos que rigen el mundo adulto. En la base de esta cultura juvenil, marcadamente hedonista e irresponsable, estarían las tensiones vigentes entre generaciones, impulsadas por el alargamiento de la permanencia en instituciones educativas de los jóvenes, que se alejan así tanto del sistema productivo como de las relaciones de clase, en un movimiento de homogeneización en el interior del grupo etáneo, y de separación con respecto a otras fuentes de división social tradicionales. No obstante, el hedonismo de esta cultura juvenil (la propia existencia de dicha subcultura) resulta funcional para el sistema, pues favorece la integración, toda vez que apunta hacia las ideas, ya presentes en Ortega, de reproducción social en el marco de una relación adultos-jóvenes en que los últimos son *formados* por los primeros en las instituciones educativas al uso, después de haberles reconocido, precisamente, su *adolescencia*, en cuanto a carecimiento (feliz) de responsabilidades y de capacidades para afrontar la situación del mundo (adulto).

Esta perspectiva funcionalista (y culturalista) dominará la producción sociológica sobre la materia en los años cincuenta y sesenta, apoyada en los desarrollos sucesivos en el campo de la psicología. Así, Erikson (1950) planteará la tesis que presenta a la juventud como período de moratoria en la elección de roles e identidad, universal más allá de eventuales diferencias de clases o status, en la que nos detendremos en su momento en apartados sucesivos. La juventud aparece, entonces, a lo largo de todo este período, como grupo unificado, en el que un determinado (y oculto) subgrupo marca la pauta (visible... luego existente) de todos los integrantes: los jóvenes universitarios de clase media. Se obvia la potencia de cambio (más allá del cultural) de la juventud, y se ocultan las diferencias de clase en el interior de este grupo pretendidamente compacto.

Pero pronto surgirán las críticas, que abogarán por resituar la división clasista de la sociedad como epicentro de la controversia, al tiempo que cuestionan la identificación de la juventud como grupo social con entidad propia *per se*. Desde la teoría del etiquetaje, se señalan los "olvidos metodológicos" en que se han construido los estudios que dan lugar a concepciones como las anteriores sobre la juventud. Por ejemplo, se destaca el hecho de haber realizado las pretendidamente objetivas encuestas de valores jóvenes-adultos con jóvenes internos en psiquiátricos (obviamente, la juventud aparecerá entonces como momento esencialmente turbulento para la psique...). Pero todavía son críticas superficiales, que consideran la división etánea como principal y la clasista como subsidiaria de aquella.

Será en Europa donde la reacción ante el estructural-funcionalismo sea más radical y profunda. La juventud vuelve a ser situada en el seno de una sociedad de clases, en la que las pretendidamente sólidas fronteras con respecto al mundo de los adultos se derriten amalgamando situaciones de edad en el marco de situaciones de clase más amplias. Así tenemos los postulados de autores que se inscribirían en la denominada "nueva teoría subcultural" (como Cohen o Clarke), que emerge en el *Centre for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham²⁷. La lucha principal es una lucha de clases, más allá de luchas particulares (batallas dentro de

²⁷ "Tres tendencias teóricas se hallan en el origen de esta renovación [de la literatura sociológica sobre juventud en el contexto anglosajón]. En primer lugar, a partir del marxismo, estos autores sitúan la clase social en el centro del análisis. No se trata de adjetivar la clase de edad con la clase social, sino de considerar ésta como determinante primero: las teorías sobre la *cultura juvenil* se denuncian como ocultadoras del hecho de la dominación de clase. En segundo lugar, la teoría subcultural: las subculturas se conciben como soluciones a problemas estructurales de un grupo. Por último, a partir de la teoría del etiquetaje se estudia el papel de las instituciones –especialmente los *mass media*– en la construcción de las culturas juveniles y de los problemas sociales –especialmente del *problema de la juventud*." (Martín Criado, 1998: 31).

una guerra) en las arenas de las distintas subculturas. Por su parte, en Francia, Bourdieu²⁸ señala la inexistencia fáctica de la *juventud* (“es sólo una palabra”), en su línea de esfuerzo por despojar al término de las preconociones que le han venido lastrando desde su origen, y que proyectan una determinada representación de la realidad, siempre aparejada a una relación de fuerzas que va a situar a los denominados jóvenes como dependientes y subordinados. Se trataría de un acto de categorización estratégicamente aplicado dentro del campo de la lucha por el poder, de la reproducción. Lucha (hablar es hacer: definir es marcar divisiones, subordinar) mediada por los distintos tipos de *capital* (social, cultural, económico...) con que cuentan los contendientes. Así, se aboga por la inexistencia de una propia “Sociología de la juventud”, derivando el estudio de los diferentes ámbitos implicados (educación, inserción laboral, etc.) a cuestiones por separado en el marco de una lucha discursiva por el dominio en cada contexto concreto.

3. La construcción social de la juventud. Discursos sobre los jóvenes.

La anterior presentación sobre el proceso histórico de conformación de un grupo social autónomo en base a determinadas condiciones demográficas o económicas o del sistema de roles de ciertas sociedades, no es, sin embargo, más que uno de los discursos que sobre la juventud se han desarrollado. En este apartado consideraremos las aportaciones del profesor Revilla al estudio de este fenómeno²⁹, recogiendo una serie de “ítems” que nos resultarán de interés a la hora de abordar el estudio de la publicidad que trata con/sobre los jóvenes³⁰, pues, después de todo, la publicidad aparece como elemento configurador, creador, de sujetos, en un proceso en que la ideología juega un papel fundamental³¹.

El profesor Revilla ofrece un total de diez discursos³², seleccionados entre los muchos que aparecen en la literatura al uso sobre juventud. Todos ellos están en cierta situación de “competencia” (podríamos volver aquí a las disputas paradigmáticas), comparten determinados elementos o están en contraposición radical. En cualquier caso, nuestro afán en este momento es presentarlos, pues *dicen* mucho sobre lo que la sociedad *dice* de los jóvenes, al tiempo que pueden rescatar lo que los jóvenes *dicen* de la propia sociedad o de ellos mismos, insertos siempre en aquella (¿o será una cuestión de “opiniones y actitudes” como se ha querido enfatizar en los estudios sobre juventud que se han llevado a cabo en este país, y en los que después nos detendremos?) Y decir es hacer³³. “En el fondo, lo que se está estudiando en estos discursos es el grado de

²⁸ Martín Criado señala a este autor como cabeza visible del Centro de Sociología de la Educación y la Cultura (CSEC), integrado en la Escuela de Altos Estudios de París, si bien reconoce también las aportaciones de otros dos sociólogos franceses en estos estudios que toman a los jóvenes como eje de la reflexión: Dubet y Galland.

²⁹ Seguiremos, en este apartado, el artículo de Revilla, 2001. Agradezco al profesor Revilla la ayuda que siempre, también para la redacción de este artículo, me ha facilitado.

³⁰ Trabajo a realizar, como dijimos, en un artículo actualmente en preparación.

³¹ Usado con aparente ligereza, el término “ideología” evoca una conocida obra de un autor al que antes nos referimos brevemente: Karl Mannheim, quien escribió *Ideología y Utopía* (1929), sirviendo así “de inspiración” para integrar posteriormente la publicidad con el género literario utópico-distópico.

³² Juan Carlos Revilla plantea su definición de “discurso” a partir de la revisión de las dos ramas en que se hallaría escindida la escuela británica de análisis del discurso. Así, siguiendo a Parker (1992:10), afirma: “...discursos son recursos sociales susceptibles de ser utilizados en cualquier argumentación o discusión de carácter científico, y pueden convertirse en recursos utilizables por cualquier miembro de la cultura en la medida en que se difundan y sean conocidos por la población” (p. 105).

³³ Sobre el lenguaje y su papel configurativo (creador) de la realidad, remitir a una serie de textos clásicos, como son *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, de Austin (1962, obra póstuma) o *¿Qué significa hablar?*, del prolífico Pierre Bourdieu (1982). Asimismo, referir la obra cumbre de Roman Jakobson (*Ensayos de lingüística general*, 1960, quizás sobre todo el capítulo de “Lingüística y poética”), o a cualquier obra de Friedrich Nietzsche, que nos va a llevar a los planteamientos mucho más modernos de Potter y Wetherell, o Geertz y los distintos analistas del discurso asociados a estas corrientes (ver, por ejemplo, el texto de J. Potter, *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*, 1996, donde introduce la metáfora del “taller de

agencialidad que hemos de conceder a la juventud como sujeto histórico y a cada joven en particular. Esto es, hasta qué punto tienen sentido las explicaciones que sitúan a la juventud como sujeto o como objeto, como agente o como producto de una sociedad³⁴.

El primer discurso que vamos a referir aquí es el ya citado de la *construcción histórico-social de la juventud*. Como ya recogían Allerbeck y Rosenmayr³⁵, la juventud aparecería como una creación propia de la sociedad occidental moderna, apoyada en la constatación llevada a cabo desde la antropología de que las sociedades primitivas carecen de este período de tránsito entre la niñez y la vida adulta³⁶. Este discurso ha sido fácilmente adaptado a las demandas de “control” que sobre el segmento poblacional más pujante (pero esto es también otro eventual discurso y, por lo tanto, es otra invención³⁷) han ejercido siempre los adultos, los constituidos, los que detentan la autoridad. Diciendo que la juventud es producto de los tiempos que le ha tocado vivir (Corraliza, 1985), se enfatiza el elemento de desamparo de los jóvenes, sujetos necesitados de ayuda, protección o educación, procedente siempre de los adultos. Volvemos a Platón y su didáctica, en la base del surgimiento de la sociología de la juventud, siguiendo el recorrido elaborado por Allerbeck y Rosenmayr, quienes marcan el hito del surgimiento de “la juventud” en el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se lleva a cabo, impulsado por los Estados Unidos y demás aliados, un esfuerzo de “reeducación” de los jóvenes alemanes, en la idea de que así se evitarán nuevas “desviaciones” con los resultados trágicos conocidos por la humanidad³⁸. Es un discurso ciertamente “perverso”, pues introduce a los jóvenes en su lógica³⁹, al desresponsabilizarlos de todo lo que les sucede, aparenta comprenderlos y alimenta su dependencia *ad infinitum* (no: sólo hasta que la reproducción social esté asegurada)⁴⁰.

construcción” como opuesta a la metáfora positivista del “espejo” al hablar del lenguaje –pp. 129-131 de la edición española de 1998). Todos ellos, de una u otra forma, son textos que abundarían en esta idea, sobradamente discutida, por lo demás, al hilo no sólo de los análisis textuales del discurso sino, también, en cuanto al lenguaje de la propia publicidad.

³⁴ Revilla (2001:106). La cita continuaría con un adelanto de la perspectiva del propio autor, quien dedica la segunda parte de su texto a tratar de conjugar todos los discursos circulantes sobre los jóvenes para integrarlos en una propuesta de modelo que recoja “proposiciones generalizables a toda la juventud actual como marco desde el que construir análisis particulares de los distintos segmentos juveniles” (p. 103).

³⁵ Pero no sólo en la obra de estos autores, sino también en trabajos previos (y, sobre todo, más específicamente historiográficos), como *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, de Aries (1960), o, posteriormente, la citada *Historia de los jóvenes*, compuesta por dos volúmenes, editada por Levi y Schmitt (1995).

³⁶ Volveríamos de nuevo a Feixa, por considerarlo el mayor experto español en la materia, para una revisión de este tema concreto, a nivel transcultural.

³⁷ “En algún apartado rincón del universo, desperdigado de innumerables y centelleantes sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más soberbio y más falaz de la Historia Universal, pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras un par de respiraciones de la naturaleza, el astro se entumeció y los animales astutos tuvieron que perecer”, así se inicia *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (Nietzsche, 1872).

³⁸ El propio trabajo de Adorno *et al.* (1950/1969: v-xii), junto a todos los financiados por el Comité Judío Norteamericano apuntan a esa idea de cambiar mediante la educación, empleada, en este caso concreto, para erradicar los prejuicios (“Erradicación quiere decir re-educación”, p. vii). Hablamos, en definitiva, en el plano más psico(social), de identidad de los sujetos, jóvenes en este caso...

³⁹ El propio Revilla recoge este extremo en su tesis doctoral (*La identidad personal en la pluralidad de sus relatos: estudio sobre jóvenes*, 1996) y en sus sucesivas publicaciones. En la bibliografía sobre procesos de conformación de la identidad juvenil esta referencia a “culpar a la sociedad” es una constante. Lo veremos también al efectuar análisis concretos de publicidad.

⁴⁰ Después de todo, siguiendo a León (2001: 122-124), la huida, o el “nihilismo sin épica” son rasgos característicos de la juventud actual (y no sólo de ella, siguiendo a Hendin, 1975, citado en León, 2001:122). En la base de todo esto: el cambio social (o el no-cambio social), las “políticas de juventud”, la definición adulta de lo que “preocupa” a los jóvenes, de “sus problemas”... estudios hechos al margen de ellos, sin darles voz (Feixa, 1989; Díaz, 1989).

Relacionado con el anterior (todos los discursos que presentemos estarán inevitable relacionados con todos los demás, aunque sólo sea por tener el mismo referente último), contamos con el discurso de *“mitificación de lo juvenil”*, ampliamente empleado por los publicistas y, aunque sólo fuera por ello, muy difundido a lo largo de toda la sociedad⁴¹. Como ya comentamos en el anterior recorrido histórico, la juventud aparece pronto como elemento de equilibrio y, así, de plenitud de lo humano. Los adultos, entrados ya en ese momento vital (curiosamente: a través de la posesión, de la propiedad, frente al carácter esencialmente desposeído de los jóvenes) entendido como de “pérdida” (de lo que no se tuvo), se vuelven hacia los jóvenes, tratando de adueñarse de sus símbolos, de sus modos de vida⁴² (Lozano i Soler, 1994: 37-40). Los jóvenes interiorizan este discurso, que les sitúa como centro de un universo, al menos en lo simbólico, hecho a su medida, y cuyo disfrute tiene una cierta fecha de caducidad: la adultez. Pero la “esquizofrenia postindustrial” se cierne sobre ellos en el mundo de “lo real”, lo *cotidiano*, en el que las expectativas de los jóvenes y las imágenes que de ellos se han construido chocan frontalmente con una posición social completamente subordinada. ¿Cantos de sirena? Veamos al respecto el siguiente discurso, tan próximo a esta situación aquí descrita.

“El hedonismo narcisista” es la denominación que ofrece Revilla para el tercer discurso. La juventud, enfrentada dramáticamente con su realidad objetiva, se encuentra con un discurso que le ofrece volver sobre sí misma, centrarse en el disfrute (insisto: limitado en el tiempo y en el espacio: si te mueves, estás fuera, no sales en la foto: la foto como captura⁴³), dejando de lado eventuales “aventuras” de transformación de una sociedad que, después de todo, le sigue idolatrando (en lo simbólico, al menos, en el ámbito de lo *ideal*). El placer aparece así como criterio moral. El joven, desresponsabilizado en virtud de su posición social y de su propia historia (“la juventud es así”), se presenta como conformista y descomprometido, marcado por un fuerte narcisismo, mediado por el consumo, fuente última de identidad⁴⁴. Pero al tiempo es un discurso ciertamente crítico con los “excesos” (a vueltas con el término medio) de narcisismo, con el temor de los mayores de que los jóvenes (que todavía siguen –y lo demuestran en toda ocasión- en su minoría de edad) no lleguen a estar preparados para la tarea que habrán de desempeñar en el futuro (o, peor aún, que dichos desmanes hedonistas impidan que dicho “proyecto social” pueda realizarse: temor a las drogas, a la obsesión por el sexo...). Hablamos de lo que Gil Calvo (1985) dio en llamar “doble vínculo”, pues al tiempo que se les exigen una serie de responsabilidades a los jóvenes (en el futuro, pero también en el presente, en tanto preparación para dicho futuro), se les deniega la posibilidad de que las contraigan...⁴⁵

⁴¹ Y probablemente también “interiorizado”. Pero nos enfrentamos al problema que ya plantease el propio Revilla: la ausencia de datos sobre unos temas para los que no hay encuestas ni trabajos empíricos al respecto, y la ausencia de ideas (comentada a su vez por Antonio Díaz, 1989, quien considero confunde los términos en este texto) en los estudios que pretenden aportar dicho sustento estadístico a afirmaciones del estilo de la que deslizamos subrepticamente a este pie de página (“...ausencia de hipótesis... trabajos sin rumbo, sin referencias teóricas ni epistemológicas; estudios puramente tecnológicos”, Díaz, 1989:10). Hablamos tasándonos en “el sentido común sociológico”.

⁴² Los niños también siguen un proceso paralelo, como ha documentado León (2001: pp. 111 y ss.), si bien nos centramos aquí en los adultos, pues son quienes, por así decirlo, detentan los mandos de la sociedad. El niño estaría así en un más allá de la potencialidad humana (que se hace acto de forma dramática en una constatación cruel de la juventud perdida).

⁴³ Ver al respecto Sontag (1996: 13-34), donde plantea la metáfora de la cámara fotográfica como arma: “...hay algo predatorio en el acto de registrar una imagen. Fotografiar personas es violarlas, pues se las ve como jamás se ven a sí mismas, se las conoce como nunca pueden conocerse; transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente...” (p. 24).

⁴⁴ “Es, pues, una juventud materialista, que persigue la realización personal en términos de tener (Martín Serrano, 1992:45) y consume activamente los productos del mercado juvenil (Durá Grimalt, 1987; Moya, 1983)”, Revilla (2001: 107).

⁴⁵ “Los jóvenes son irresponsables porque todavía no tienen ninguna responsabilidad que poder asumir (...) Por ello, impedir que los jóvenes contraigan responsabilidades y, simultáneamente, exigirles que sean responsables, es encerrarles en un *doble vínculo*: en un círculo vicioso, en una paradoja práctica, en una trampa moral y vital de la que ya no se puede salir puesto que te convierte en psicológicamente impotente. Si tú quieres hacer lo que no se puede hacer (ser responsable careciendo de responsabilidades) llegarás a creerte impotente” (Gil Calvo, 1985: 15).

“Juventud como agente de cambio social”. Es este, sin duda, uno de los discursos más extendidos en la sociología para referirnos al papel que tiene la juventud en el interior de las sociedades. Parte del concepto de “generación”, tan ricamente explotado en Ortega y Gasset o Mannheim, y recogido también por Allerbeck y Rosenmayr⁴⁶. Este discurso aparece cercano, aunque pueda parecer contradictorio, al de reproducción social, pues sitúa a los jóvenes como “encargados” de aportar innovaciones al incorporarse al “flujo social”. Será Ortega quien, como recoja Martín Criado (1998: 22-24), otorgue a la juventud este papel de forma primordial, si bien la idea de que la juventud es un sinónimo de cambio, de lo nuevo, está muy presente fuera de la academia, idea que, como recoge Revilla (2001:110), estaría en la base de los momentos de optimismo cuando la juventud es significada positivamente (altruistas, generosos, solidarios...) y de los miedos cuando la caracterización de la juventud se carga de rasgos socialmente negativos (hedonistas, faltos de valores, materialistas...). Este discurso, que sitúa a los jóvenes frente a la “obligación” de ser los portadores de la innovación, tiene también su parte de desresponsabilización de los adultos con respecto a la “tierra que heredarás”, situando asimismo a los jóvenes frente a la contradicción (el mundo moderno es, como dijimos y diremos, un mundo esencialmente contradictorio) de que se les está exigiendo por una parte que sean transgresores, con iniciativas de cambio, activos; y por otra se les está restringiendo permanentemente esa iniciativa, al tiempo que se trata de “acotar”, de hacer de ella una “conformidad divergente”, en palabras de Allerbeck y Rosenmayr (1979:132). Prometeos del fuego que alimenta la máquina⁴⁷. La canalización de la transgresión a través del consumo (“revolucionario”, de lo nuevo) aparecerá de forma recurrente en la publicidad.

Los valores de los jóvenes, materia de discusión en las más variadas tribunas de nuestra vida social contemporánea, también están dando forma a un nuevo discurso: el de *la contestación juvenil*, que plantea la existencia de un corpus de valores propios de los jóvenes-en-tanto-jóvenes, y contrarios a los dominantes en “la sociedad de los adultos”, vista como ajena y hostil por los jóvenes, que la rechazan y buscan formas alternativas de *vida*⁴⁸. Parece difícil, no obstante, plantear la existencia de una serie de valores que le sean propios a los jóvenes, y totalmente ajenos al mundo adulto (ver precisamente, a tal respecto, la relativamente reciente campaña televisiva de los premios a los “Jóvenes con Valores” de la Fundación La Caixa), si bien los procesos de construcción social de la noción “juventud” (y la publicidad es una importante fuerza a considerar en este sentido) pueden darnos pistas sobre esos “valores recurrentes” a los que nos referiremos, de forma prioritaria, en trabajos posteriores. Los efectos de este discurso sobre la juventud suelen derivar en desprecio, ante una apatía muy distinta al ideal de joven vigente en nuestras sociedades, identificado con el compromiso intelectual de vanguardia del mayo del 68. Los tiempos cambian, las sociedades también, pero los estereotipos muchas veces permanecen y ejercen toda su presión⁴⁹.

⁴⁶ “La juventud ha de aprehenderse como *cohorte* en tanto está supeditada a condiciones y experiencias comunes de la historia contemporánea; como *generación* cuando además genera actividades en común que son históricamente significativas, pero primordialmente dentro de las *unidades generacionales* diversamente estructuradas en lo que se refiere a capas y contextos sociales, así como a ideologías” (Allerbeck y Rosenmayr, 1979:27). Habiendo señalado con anterioridad las dificultades de definir la juventud a partir únicamente del eje cronológico, etáneo, nos aproximamos con esta definición a los estilos de vida, que nos lleve hasta Bourdieu.

⁴⁷ *La máquina se para* es el título que en 1912 recibe el libro más conocido de Forster, referenciado en Trousson (1995: 289), quien escribe sobre esta obra: “La Humanidad ha sido víctima del monstruo que ha creado”. Volveremos sobre este tema en el ya mencionado análisis de la publicidad “juvenil”, toda vez que, por ejemplo, las referencias a “ser una máquina”, y expresiones por el estilo (vinculadas normalmente a los jóvenes) son una constante en la publicidad de uno de los grupos empresariales que vamos a analizar, también, más adelante: Grupo Pascual...

⁴⁸ Lo cual pasa, con mucha frecuencia, por una prolongación “antinatural” de la permanencia etánea en el grupo de jóvenes, que suele ir acompañada de desprecio social, de la etiquetación, de los procesos normativos, en definitiva, a disposición del orden social, para situar en el margen del sistema a estos individuos (inadaptados, “síndrome de Peter Pan”, niños...). Toda una serie de trastornos psicosociales se les atribuyen a aquellos que rechazan una sociedad (adulta) y optan por resistir ante la “necesaria” incorporación a los modos de vida dispuestos por ella.

⁴⁹ Un estudio más detenido del “estereotipo” puede encontrarse en Brown (1998).

La subcultura juvenil. Tradicionalmente, hablar de subculturas juveniles nos evoca en la mente una imagen de cierta marginalidad, de grupos juveniles violentos (hinchas ultras del fútbol, asociaciones de diverso signo que emplean la violencia como medio de expresión, “alborotadores y jaraneros”⁵⁰...). Esto se debe, a mi entender, en primer lugar a una “predilección” informativa por estos grupos, que son los que *interesan* a la sociedad (para su control, para la función de temor que necesita todo gobernante o sistema instituido sobre sus ciudadanos), lo que lleva a quedarse con esta rama, sólo una de las dos a las que dieron origen los estudios de la Escuela de Chicago, promotora de la noción de “subculturas juveniles”. La otra, que es la que más nos interesa a nosotros, sería la línea de investigación de la subcultura juvenil como tal: “La juventud sería un colectivo con sus propias modas, preferencias, atuendos, valores, normas y símbolos (...) que definen un grupo homogéneo en cuanto a alternativas culturales (sistemas de significados y modo de expresión y estilos de vida...)”⁵¹. La subcultura juvenil respondería a la necesidad de los jóvenes de reunirse, como mecanismo de defensa ante las presiones normativas que encuentran en todos los ámbitos de su vida⁵², y, por lo tanto, es un discurso que enfatiza las diferencias (generacionales, si se quiere) existentes entre padres e hijos, entre jóvenes y adultos. Como prácticamente todos los postulados que radicalizan la ruptura inter-grupal, opera una simplificación (imperdonable) en el interior de cada grupo, con un “joven” que sería, precisamente, *uno*, un patrón ideal (un “tipo”) al que se habrían de plegar el resto si no quiere estar fuera de esa subcultura, que ahora vemos investida de una fuerza normalizadora (vale decir: marginadora) tan potente como la propia sociedad-nodriza de la que intenta huir (¿a la que intenta enfrentarse?).

Otro discurso que circula respecto a los jóvenes es el que les sitúa como *grupo subordinado y discriminado*, enfatizando las relaciones de poder, desiguales, vigentes entre jóvenes y adultos, entendidos prácticamente como “clases” en pugna por el dominio, siempre en manos de los propietarios, que establecen diversos mecanismos de “espaciamento” del disfrute para los jóvenes, en la línea de lo planteado por otros discursos anteriormente expuestos. Expectativa de beneficios futuros, sólo conseguidos a través del trabajo, del esfuerzo, de la *formación* (término que tampoco es fútil y que deja entrever un marchamo semántico a considerar). Este discurso tiende a entrar en crisis ante los excesos “juveniles”: los mecanismos de control tienen consecuencias no deseadas, los jóvenes “se pierden” en el laberinto de su subordinación y amenazan (directa o indirectamente) con no reproducir el sistema social, la sociedad se alarma, nuevos diagnósticos, nuevas desviaciones, movimiento de repliegue: políticas de juventud. Obviamente, volvemos a los problemas de definición de lo joven, pues si bien todos ellos se encuentran en posición subordinada con respecto a “sus” mayores, no todos se encuentran en el mismo nivel de subordinación “absoluta”: “las consecuencias de su inferioridad distan mucho de ser equivalentes” (Revilla, 2001:114).

Elemento siempre presente al hablar sobre juventud es el tema de la “*identidad*”, cuyo principal impulsor académicamente fue Erikson (1968, 1972), quien postulaba que la juventud, ese período vital (definido en cualesquiera términos), es un momento crucial en el desarrollo personal del sujeto, que ha de llevar felizmente a

⁵⁰ “Desde mediados de la década de los 50, a partir de los sucesos de noviembre de 1955 (El Escorial y Madrid) o febrero de 1956 (Madrid), las cuestiones de juventud alcanzan para el gobierno la categoría de *problemas*, al haberse convertido en asuntos de *orden público*, aunque con más valor simbólico que peso efectivo (...) ola de *desórdenes callejeros* o las algaradas de *jaraneros* y *alborotadores* (...) Inquieto el sistema ante los síntomas, que sin duda sobrevalora, percibe la incapacidad, o la ineficacia de sus mecanismos de control y toma, entre otras medidas, la de poner en marcha el Instituto de la Juventud...” (Sáez, 1995: 166-167). Así surgirán los primeros estudios *sobre* la juventud en España, según el recorrido histórico postulado por este autor. (Subrayado nuestro).

⁵¹ Torregrosa (1972:40), citado en Revilla (2001:111).

⁵² La antropología ha estudiado estos procesos quizás con más detenimiento que la sociología, excesivamente preocupada en ocasiones por los aspectos más macro de la sociedad. Feixa (1989: 75-76), por ejemplo, plantea el surgimiento de los locales de ocio en que se reúnen jóvenes como una respuesta a la falta de privacidad que sufren los jóvenes.

cabo la integración de su pasado infantil y su proyecto de vida adulta, para lo cual se le concede una moratoria socialmente reconocida, en la que puede “experimentar” diversos roles hasta que encuentre “su lugar en el mundo”⁵³. No obstante, este discurso tiende a cargar las tintas sobre la situación de precariedad personal, de “confusión”, en que viven los jóvenes, marcando compartimentos estancos en algo que, como siempre, es mucho más complejo (Revilla, 2001:115). El joven deja de serlo, pero en su vida (adulta ya) siguen produciéndose cambios de identidad (qué decir ya de eventuales –seguros- cambios de rol...), más allá de la moratoria socialmente aceptada (a vueltas con la desviación, la ocultación... la vida social cotidiana).

Como reacción a los discursos homogeneizadores de la juventud en su conjunto, aparece el discurso de la *diversidad juvenil*, que enfatiza la pluralidad (e incluso la contradicción) existente entre los distintos mundos juveniles. Diversidad que se manifiesta en términos de clase social, de trayectorias vitales de *transición* a la vida adulta, de posición en la escala profesional, etc. Se trata de un discurso fragmentador, que pondría en entredicho todos los discursos antes presentados, y que, en ese sentido, desposee a la juventud tanto de los rasgos negativos que le han sido atribuidos como, también, de la capacidad reconocida de innovación, de cambio⁵⁴.

Por último, el discurso que probablemente más incidencia tenga sobre nuestras sociedades actuales, el que presenta a la juventud como un período de *transición a la vida adulta*. Abundantes son los trabajos que han abordado el fenómeno, ya sea en general o desde diversos planos de dicha transición (frecuentemente: la incorporación al mundo laboral). La juventud se entiende aquí como lapso en que se encuentra el joven mientras adquiere, progresivamente, responsabilidades adultas⁵⁵. Transición vital que, finalmente, siempre se fundamenta en una adecuada transición socio-laboral. El trabajo, siempre oculto, clave de nuevo, como elemento de *identidad*, como medio para el consumo (también identidad...), como *forma de vida*⁵⁶.

⁵³ El profesor Revilla ha centrado sus líneas de investigación en este elemento identitario (1996, 1998). De gran interés, en mi opinión, es el tema del “role-playing”, en línea con los postulados goffmanianos o de la propia etnometodología, cuestión para la que los recientes desarrollos en tecnologías de la información (hablamos de Internet, en toda su extensión –y las tres uves dobles tienen un alcance pretendidamente “global”) han abierto un campo a desbrozar sociológicamente en los próximos tiempos.

⁵⁴ “El discurso de la diversidad juvenil pone en cuestión desde el discurso de la mitificación juvenil –se mitifica solamente lo que corresponde a una parte de la juventud-, hasta el discurso de la búsqueda de la identidad –no todos los jóvenes experimentarán problemas identitarios. Pero en especial este discurso deshace la posibilidad de hablar de la juventud como sujeto histórico y como agente de cambio social” (Revilla, 2001:117). ¿Quién “se apropiaría” de un discurso así? ¿Liberador o exterminador, o acaso ambas cosas al tiempo?

⁵⁵ Interesa aquí este término de la *aproximación progresiva* (una aproximación siempre es progresiva, de lo contrario es un “impacto” o un “choque”, o un “descubrimiento repentino”, que denota violencia, colisión). Hablamos de nuevo de “lo natural”, para oponerlo a la situación vivida por algunos jóvenes que “se quedan sin juventud” por tener un hijo, por empezar a trabajar *demasiado pronto*... seguimos operando con tipos ideales, con imágenes estereotipadas. Aquí podríamos emplear el triángulo sémico, para abordar el estudio de las diversas situaciones de jóvenes, tal y como son referidas por ellos mismos (o por “la sociedad”) en sus narraciones...

⁵⁶ Obviamente, hablar de transición implica situarnos en un momento histórico concreto, tal y como se refirió en el apartado anterior. En nuestras sociedades, Galland (1984, 1991, recogido en Revilla, 2001:113) ha identificado dos formas de entrada en la vida adulta: por una parte estaría el patrón de “instalación”, propio de las clases trabajadoras, en que los jóvenes apenas sí habitan ese lapso transicional; y por otro lado tendríamos la “postergación”, eminentemente burguesa, en que los estudios (la *formación*, como decimos) y la propia *maduración* del joven le deberían de introducir en una posición social acorde a su extracción. Aquí cabe rescatar la recomendación que me hizo llegar Miguel Valles, quien a su vez toma el consejo de Ibáñez y demás maestros: “Estudiar todas las fases de un proceso”...

4, La investigación *sobre los jóvenes*. Problemas metodológicos (y epistemológicos).

En este apartado, eminentemente metodológico, se pretende llevar a cabo una breve revisión de las técnicas más comúnmente empleadas en la sociología de la juventud. Dejamos para el apartado posterior la revisión de los estudios que sobre esta materia se han llevado a cabo en el contexto español, para centrarnos en un ámbito más general, toda vez que comparte las mismas prescripciones metodológicas, siempre vinculadas a la propia historia de la sociología (elemento crucial éste: la evolución de la propia disciplina afecta, invariablemente, a lo estudiado: al cómo, al qué, al por qué...).

El rasgo fundamental a destacar aquí es el predominio, casi exclusivo, de los estudios basados en encuesta, desde el origen de la investigación sobre los jóvenes ("Monocultivo de estudios encuesta", Díaz, 1989: 10). Esta técnica, sistemáticamente torpedeada después desde otros planteamientos metodológicos (identificándola, en un exceso tal vez, con el paradigma positivista o post-positivista hegemónico durante mucho tiempo en sociología pero en crisis, "herido de muerte", en la actualidad), predominará en los estudios sobre juventud llevados a cabo tanto en España como en el resto de países donde este tipo de "problemática" es considerada objeto de interés sociológico. La pretendida "objetividad" ofrecida por esta técnica decía garantizar la fiabilidad y validez de los datos aportados para el *conocimiento* del universo juvenil, conocimiento que siempre vela una pretensión de control (hablamos, al fin y al cabo, como dijimos antes, de un "problema")⁵⁷.

Allerbeck y Rosenmayr, en su obra primigenia, ya cuestionaban la utilidad de este tipo de metodología en el estudio de un fenómeno tan lábil y flexible como la juventud. La encuesta (siempre transversal, sincrónica), presentaba, según ellos, una serie de "inconvenientes" que podían desaconsejar su empleo⁵⁸.

Señalamos con anterioridad la problemática acotación del término joven, en virtud de una serie de características (biológicas o sociales, culturales), que dificultaban sobremanera agrupar este colectivo. Dicho agrupamiento, dicha acotación del universo de estudio, es un primer paso fundamental de la encuesta, en aras de asegurar la "representatividad" posterior de la muestra extraída de esa población total (por definir, o definida "subjetivamente" –y de forma distinta– en un determinado momento, sociedad, o equipo investigador). Superado (o cuando menos abordado y solventado en base a una definición u otra del fenómeno "juventud") este momento, el investigador cuantitativo se enfrenta a los problemas de representatividad de la muestra seleccionada. Aquí, Allerbeck y Rosenmayr enfatizan la altísima movilidad y situación esencialmente cambiante en que se encuentran los jóvenes. Los listados de jóvenes (se definan como se definan: atendiendo a su estado civil, o a su relación con el mundo productivo, o sencillamente a su edad biológica) registran permanentes entradas y salidas, dificultando los procedimientos de selección al uso en otros ámbitos de estudio sociológico. Encuestarlos en centros institucionales, donde estén recluidos de algún modo (colegios, cuarteles, etc.) presenta posibles sesgos que han de ser tomados en consideración. La tentación de abordar una población considerada fácilmente accesible debe ser sometida a todos los controles de disciplina metodológica (la tan manida "vigilancia epistemológica" de Bourdieu *et al.*, 1976) exigibles en otros estudios sobre otros colectivos sociales. Evidentemente, los problemas tradicionalmente alegados sobre la metodología de encuesta perma-

⁵⁷ Por ejemplo, de cara a la realización de la que después se ha conocido como I Encuesta Nacional de Juventud en España (llevada a cabo entre 1959 y 1961), el planteamiento era el siguiente: "el Instituto [de la Juventud] siente la urgencia de disponer de técnicas concretas a aplicar *sobre* la juventud, de dar con la clave que *resuelva* todos y cada uno de los múltiples *problemas juveniles* que van surgiendo" (citado en Sáez, 1995: 167. Subrayado nuestro).

⁵⁸ Dedicar el capítulo 3 de su libro (1979:38-54) a las cuestiones metodológicas de la investigación en sociología de la juventud. Reconociendo inicialmente la utilidad de la encuesta ("uno de los adelantos decisivos de la sociología empírica de nuestro siglo", p. 38), pasan posteriormente a una crítica de todos los problemas que presenta, vinculados, como veremos, fundamentalmente, a los eventuales sesgos que pueden presentarse a lo largo de las distintas fases de ejecución de esta técnica.

necen presentes en la investigación que tomando esta técnica se realiza sobre los jóvenes. Así, los problemas de operacionalización o de honestidad en la respuesta han de ser también considerados en este punto, amén de la propia historia social, que incide sobre las respuestas registradas en un momento concreto (la deseabilidad social de las respuestas puede ser un tema a tener –temer- muy en cuenta cuando se trabaja con jóvenes), pero también sobre la eventual comparación de éstas con otras (por muy iguales que fueran, que no parece ser el caso de los estudios de juventud) obtenidas en otro período socio-histórico distinto⁵⁹.

Ante los pretendidos desmanes de la investigación mediante encuesta, se ha venido abogando (no sólo, insistimos, en la sociología de la juventud) por el empleo de otras técnicas (sustitutivas o complementarias, según el grado de radicalidad del promotor) para conocer la *realidad* del mundo juvenil⁶⁰. En este sentido, los autores a los que estamos tomando como guías en esta crítica (Allerbeck y Rosenmayr), señalan la posibilidad de recurrir a la observación (participante), y el análisis documental⁶¹ (los autores distinguen aquí, como técnica propia, el análisis de contenido, que se realizaría sobre “diarios íntimos” de los jóvenes. Opto por incluirlo junto a análisis de documentos personales, en consonancia con lo expuesto por otros autores).

Sea como fuere, la recomendación siempre es la misma: un fenómeno complejo requiere un abordaje metodológico (era: “paradigma”) complejo.

5. Los estudios sobre juventud en España. Perspectiva histórico-metodológica.

Con los citados problemas de acotación de la noción de “joven”, con el predominio casi exclusivo de la metodología cuantitativa de encuesta, con las necesidades coyunturales del momento tras la búsqueda de información sobre un fenómeno que cobraba fuerza y se constituía en novedoso “problema” (en este caso sí en la versión tradicional del término, en el seno de un ordenamiento social de tipo dictatorial), cabe situar el inicio de la investigación sobre juventud en España en 1960, año en el que se cierra el pionero estudio sobre “Presupuestos mentales de la juventud española”, encargado y planteado por la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, que recibirá la denominación posterior de “I Encuesta Nacional”, cuya continuación se irá produciendo de forma más o menos discontinua, sin periodicidad clara, hasta fechas bastante más cercanas a nuestros días, en una sucesión de encuestas o estudios que han tomado diferentes problemáticas vinculadas con los jóvenes en función del momento histórico concreto y en función, también, de la entidad que financie o encargue el estudio en cuestión. Junto a todo esto, los diversos y sucesivos estudios también han experimentado cambios (lógicos, por lo demás) a partir de la propia experiencia investigadora, y a partir de las diferentes

⁵⁹ Los problemas que atañen a los distintos tipos de validez pueden ser consultados en la bibliografía específica, normalmente en manuales más cercanos al polo de lo cuantitativo, como podrían ser las obras de Campbell o el propio manual de la profesora Cea D’Ancona (1996).

⁶⁰ Nuevamente, marcamos con cursiva un debate que sólo dejamos apuntado, relacionado por lo demás con el anteriormente señalado respecto a la discusión en torno a la noción (y, más concretamente, a la hegemonía) de “paradigma”. En este caso, hablaríamos de la “Realidad” o de las diversas “realidades” *construidas, rastreadas, registradas...* por el investigador. Rescato aquí, a modo de ilustración por la utilidad que tiene, la metáfora propuesta por el psicólogo noruego Steinar Kvale sobre el investigador como minero o el investigador como viajero (1996: 3-5). Nos iríamos a la *verstehen* de Weber... a las raíces y desarrollos de toda la perspectiva cualitativa de investigación en Ciencias Sociales...

⁶¹ En este sentido, rescataríamos la aportación de Feixa (1989) al referirse a las potencialidades de la etnografía como orientación metodológica en el estudio de la juventud. Los métodos al uso en la antropología deben ser reflejados como potentes medios de obtención (construcción, etc.) de información sobre los jóvenes. La “buena antropología” debe ser siempre tomada en consideración por los “buenos sociólogos”. Ejemplos de abordajes cualitativos a la situación de los jóvenes, en el contexto español más inmediato, serían las tesis doctorales de Valles, Feixa o Revilla (ver bibliografía). En el ámbito internacional, destacaríamos, por señalar algunos autores clásicos, la obra, tantas veces citada, de W. F. Whyte (1943), o la de Cohen (1955), entre otros muchos autores.

definiciones que se han hecho de ese concepto “un tanto movedizo que se fijó progresivamente” que es la *juventud* o *los jóvenes*⁶².

En una primera visión de conjunto, la acotación del campo ha tendido a una extensión del intervalo temporal considerado, siempre iniciado en 15 años de edad, pero que pasa de 20 (o aun 25) a 29 en el extremo superior en las investigaciones llevadas a cabo más recientemente⁶³. El equilibrio de sexos entre los encuestados es algo que sólo se ha conseguido desde finales de los sesenta⁶⁴, mientras que en lo referente al ámbito territorial de las sucesivas “oleadas” de encuesta⁶⁵ se observa una falta clara de sistematicidad, con omisiones recurrentes a Ceuta y Melilla (que sólo entran en la última encuesta realizada hasta el momento: 2004), algo menos recurrentes a Canarias, y con ausencias muy significativas de ciertos territorios peninsulares, sin que se observe una normalización clara de esta cuestión hasta los últimos estudios llevados a cabo.

En general, podemos distinguir, siguiendo la periodización realizada por Sáez (1995: 162 y ss.) tres grandes períodos en la investigación sociológica en torno a los jóvenes. Así, tendríamos un primer momento, que cubriría los últimos quince años del régimen franquista (1960-1975), una segunda etapa (1975-1982), que coincidiría con el proceso que se ha denominado *transición democrática*, y una tercera etapa que abarcaría desde 1983 hasta la “actualidad”, etapa de consolidación de los diseños y las políticas de juventud incipientes en momentos históricos anteriores. Sáez detiene su análisis en 1990, pero la tendencia posterior a esta fecha no ha sido sino la ya apuntada para dicho momento: una progresiva *normalización* de las investigaciones sobre juventud realizadas en este país, que comienzan a ceñirse a una serie de “protocolos de actuación”, estandarizándose la periodicidad, ámbitos de aplicación, procedimientos de muestreo, etc., si bien se recoge el carácter, ciertamente novedoso, que supuso el informe de juventud en España derivado del trabajo de 1992, que constituye un hito de la investigación sobre juventud en nuestro país, pues supone un trabajo de profunda elaboración metodológica, llevado a cabo por dos reputados metodólogos como son los profesores M. J. Mateo Rivas y M. Navarro López (1993), quienes dedican un volumen completo de los catorce que finalmente se obtuvieron (diez de los cuales son de datos y tablas) a aspectos de “Metodología”⁶⁶, amén de un extenso

⁶² La cita es de Juan Sáez Marín (1995: 160). Este autor presenta en dicho artículo un excelente recorrido (aunque marcadamente institucionalista) por los “entresijos” de las distintas encuestas nacionales que se han llevado a cabo entre 1960 y 1995. De gran interés es la lectura, paralela por centrarse en otro tipo de estudios y metodologías, que firman Feixa y Porzio (2004), sobre estudios acerca de (sub)culturas juveniles llevados a cabo en España entre 1960 y 2003.

⁶³ Hemos de remitir, sin ánimo de redundar en exceso, a los problemas ya comentados antes sobre la definición del término “joven” basándose de manera exclusiva en características etáneas...

⁶⁴ Lo cual tiene su explicación en la formulación que hiciera Amando De Miguel en la primera encuesta (1960): “es sabido que la población femenina de esta edad tiene opiniones menos formadas y consistentes (que los varones)”. Se buscaban respuestas efectivas (en lucha con los temidos NS/NC, que se estimaban podían ser demasiado abundantes en una experiencia tan pionera en España como esta encuesta), por lo que se optó por limitar (a un cuarto escaso del total de encuestados) el número de chicas (mujeres jóvenes, o como se prefiera llamar), en una decisión que, no obstante, podría ser susceptible de crítica.

⁶⁵ Se ha entrecomillado “oleadas” por cuanto no se ha constituido esa periodicidad tan deseable hasta fechas muy recientes, y es un valor que se realiza de forma sistemática en los prólogos a los últimos Informes de Juventud preparados por el INJUVE (ver, por ejemplo, el último, 2005:13, donde ya se habla de una “investigación periódica consolidada” y se reconocen las potencialidades que para el análisis, diacrónico, tienen estos estudios, por fin periódicos y con una “cierta homogeneidad metodológica”), que de algún modo absorbe la diáspora de estudios que llevaban a cabo con anterioridad diversas instituciones u organizaciones, sin seguir un plan sistemático y sin insertarse en proyectos de investigación más allá de lo coyuntural. Se alude a la deseabilidad de dicha periodicidad a partir, por ejemplo, de los postulados de la ICC de Zárraga, que muestra la riqueza de una visión diacrónica para el análisis de fenómenos sociales, ya sea mediante el empleo de técnicas de indagación cualitativas o estrictamente cuantitativas. Los *usos de la historia*, de que hablaba Wright Mills (1959)...

⁶⁶ La distribución es la siguiente: Volumen 1: Informe, Volumen 2: Metodología, Volumen 3: Juventud en cifras, Volúmenes 4 a 13: Datos, Volumen 14: Juventud en Canarias (que recibe un tratamiento específico en su retorno, esta vez ya para no volver a desaparecer, a un estudio de estas características, que le dedica en esta ocasión un interés desconocido hasta la fecha y que no ha vuelto

capítulo metodológico (que no anexo) en el propio informe “nodriza” a que da lugar esta encuesta. Recogiendo la dispersión previa, se sistematizan los procesos, sentando las bases definitivas por las que después discurrirán las sucesivas operaciones de encuesta que habrán de dar origen a los distintos Informes de Juventud producidos en España después de ese año 1992.

No es este lugar para detenerse en un análisis pormenorizado de cada uno de los estudios que sobre este particular se han llevado a cabo en España (tema este objeto, también, de otro artículo en preparación) desde que en 1960 se llevara a cabo el trabajo germinal del equipo de Linz, que no vería la luz hasta ¡dieciséis! años después (1976 en la Revista del Instituto de la Juventud). Remitimos al texto del propio Sáez, o a otras revisiones análogas, para una cronología detallada de los estudios de juventud efectuados en este país⁶⁷. Nosotros anotamos aquí, únicamente, la constatación de que los jóvenes (reales o “construidos”) adquieren carta de entidad sociológica propia en nuestro país, contando hoy con unos estudios sobre “su mundo” que les sitúan como actores (de ciudadanía y de consumo... más de consumo, es la tesis) en el seno de una sociedad, como la española (pero no sólo), sujeta a intensos cambios en las últimas décadas⁶⁸. Como titula Corraliza (1985: 9), “Los jóvenes, ¿víctimas o amenaza?”. Del *problema social* a las *políticas de juventud*. El jaranero, el ciudadano, el parado, el drogadicto... el consumidor.

Bibliografía citada y de referencia.

Abellán A. *et al.* (1991): *La población del mundo*, Madrid: Síntesis.

Adorno, T.H.; Frenkel-Brunswik, E.; Levinson, D.J.; Nevitt Sanford, R. (1965): *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires: Proyección. Original de 1950/1969.

Allerbeck, K. y Rosenmayr, L. (1979): *Introducción a la Sociología de la juventud*, Buenos Aires: Kapelusz. Original de 1977.

a recibir en un trabajo de ámbito nacional). Tradicionalmente denostado, este trabajo enfatizaría el componente “técnico” (más que “teórico”) subyacente (e imprescindible) a todo proceso de investigación.

⁶⁷ Mucho más crítica que la revisión de Sáez es la que lleva a cabo Martín Criado (1998) en el segundo capítulo (“La sociología de la juventud en España”, pp. 40-71) de su tesis doctoral, ya citada. Partiendo de una cita a Champagne (1990:193, citado en Martín Criado, 1998:40): “Los futuros historiadores encontrarán sin ninguna duda en los sondeos un material selecto sobre nuestra época, si saben tratarlo no, como algunos piensan hoy, como instrumentos privilegiados de conocimiento de la *opinión pública*, sino como catálogo de las preocupaciones de la clase dominante”, para enfatizar el carácter dirigido desde arriba (autoritario, si se quiere) de las encuestas, configuradoras últimas de una “juventud de las encuestas” (pp. 65-67), sin voz y con unas problemáticas e intereses y preocupaciones definidos desde las instituciones. Asimismo, critica el carácter pretendidamente objetivo, científico, de estos metodólogos, ya en la introducción de su tesis: “Los sociólogos no podrían dejar de contribuir a este espectáculo con su *científica* aportación. Compitiendo con periodistas, filósofos, sacerdotes y astrólogos, con el temple y porte que su condición de expertos les confiere, elevarían su voz sobre el coro de cantores de promesas y amenazas e impartirían justicia sobre el ajustamiento a la realidad de todos los juicios (...) su voz empostada sólo perdería momentáneamente el temple si algún impertinente les pregunta: *Y usted, ¿cómo sabe eso?* Para evitar preguntas impertinentes –y para otras cosas- se realizan investigaciones: encuestas” (p. 14).

⁶⁸ Sáez introduce muy bien el elemento de la propia historia del país en paralelo (mejor: inextricablemente unida) a la historia de los estudios que se realizan sobre los jóvenes. La iniciativa (pública fundamentalmente) y la ejecución (mayoritariamente privada) de los distintos estudios nos da una serie de pistas interpretativas verdaderamente interesantes para acercarnos a la comprensión de este proceso de investigación, en la línea de las distintas políticas (de control, siempre) que sobre este colectivo se implementaron en los distintos momentos históricos en que dichos estudios fueron llevados a cabo.

- Aranguren, J.L. (1982): *Bajo el signo de la juventud*, Madrid: Salvat.
- Aries, P. (1973): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid: Taurus. Original de 1960.
- Aristóteles (1990): *Retórica*, Madrid: Gredos, D.L. Original del siglo IV a. de C.
- Austin, J.L. (2004): *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona: Paidós, D.L. Original de 1962, obra póstuma.
- Baynes, N. (1942): *The speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939*, Londres: Oxford University Press. Dos volúmenes.
- Bourdieu, P. (2001): *¿Qué significa hablar?*, Madrid: Akal. Original de 1982.
- Bourdieu, P.; Chamboredon, J.C.; Passeron, J.C. (2003): *El oficio de sociólogo: presupuestos epistemológicos*, Madrid: Siglo Veintiuno de España. Original de 1976.
- Brown, R. (1998): *Prejuicio. Su Psicología Social*, Madrid: Alianza Editorial. Original de 1995.
- Cea D'Ancona, M^a.A. (1996): *Metodología cuantitativa: estrategias y técnicas de investigación social*, Madrid: Síntesis.
- Champagne, P. (1990): *Faire l'opinion*, Paris: Minuit.
- Chomsky, N. y Dieterich, H. (1992): *Los vencedores: una ironía de la Historia*, Tafalla: Txalaparta.
- Chomsky, N. *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: los nuevos mandarines*, Barcelona: Ariel. Original de 1969 (*American Power and the New Mandarins*).
- Cohen, A.K. (1955): *Delinquent boys. The culture of the gang*, Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Corraliza, J.A. (1985): "Los jóvenes, ¿víctimas o amenaza?", *Documentación Social*, 58, pp. 165-180.
- Díaz, A. (1989): "La caza del replicante", *Alfoz*, 62-63, pp. 9-12.
- Durá Grimalt, R. (1987): "Juventud, rock & roll y television", *Revista de Estudios de Juventud*, 28, pp. 53-57.
- Erikson, E. (1989): *Sociedad y adolescencia*, México: Siglo XXI. Original de 1972.
- Erikson, E. (1974): *Identidad, juventud y crisis*, Buenos Aires: Paidós. Original de 1968.
- Erikson, E. (1983): *Infancia y sociedad*, Buenos Aires: Hormé. Original de 1950.
- Feixa, C. (1989): "Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana", *Revista de Estudios de Juventud*, 34, pp. 69-78.
- Feixa, C. y Porzio, L. (2004): "Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003)", *Estudios de Juventud*, 64, pp. 9-28.
- Galland, O. (1991): *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie*, París: Armand-Colin.
- Galland, O. (1984): "Précarité et entrées dans la vie", *Revue Française de Sociologie*, XXV, pp. 49-66.
- Gil Calvo, E. (1985): *Los depredadores audiovisuales: juventud urbana y cultura de masas*, Madrid: Tecnos.
- Gillis, J.R. (1974): *Youth and History. Tradition and change in European age relations 1770-Present*, Nueva York: Academic Press.
- Harris, M. (2003): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid: Siglo XXI. Original de 1968.
- Hesíodo (1964): *Los trabajos y los días*, Barcelona: Iberia. Original en torno al siglo VII a. de C.
- Hitler, A. (1932): *Principios de acción*. No hay traducción al castellano de esta obra.
- Hitler, A. (2004): *Mi lucha*, Barcelona: Ojeda. Original de 1925: *Mein Kampf*.
- Jakobson, R. (1984): *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Ariel. Original de 1960.

- Klönne (1932): *Jugend im Dritten Reich: Die Hitlerjugend und ihre Gegner*. No hay traducción al castellano de esta obra.
- Kvale, S. (1996): *InterViews. An introduction to qualitative research interviewing*, Londres: Sage.
- León, J.L. (2001): *Mitoanálisis de la publicidad*, Barcelona: Ariel, D.L.
- Levi, G. y Schmitt, J.C. (comps.) (1996): *Historia de los jóvenes*, Madrid: Taurus. Original de 1995. Dos tomos.
- Livi-Bacci, M. (1993): *Introducción a la demografía*, Barcelona: Ariel.
- Lozano i Soler, J.M. (1994): "¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?", *Documentación Social*, 95, pp. 37-51.
- Malvano, L. (1996): "El mito de la juventud a través de la imagen: el fascismo italiano", en Levi, G. y Schmitt, J.C. (comps.): *Historia de los jóvenes*, Tomo II, pp. 311-346.
- Mannheim, K. (2004): *Ideología y utopía: Introducción a la Sociología del Conocimiento*, México: Fondo de Cultura Económica. Original de 1929.
- Martín Criado, E. (1998): *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*, Madrid: Istmo.
- Martín Serrano, M. (1992): *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, Madrid: Instituto de la Juventud.
- Mateo Rivas, M. J. y Navarro López, M. (1993): *Informe juventud en España*, Madrid: Instituto de la Juventud.
- Michaud, E. (1996): "Soldados de una idea: los jóvenes bajo el Tercer Reich", en Levi, G. y Schmitt, J.C. (comps.): *Historia de los jóvenes*, Tomo II, pp. 347-375.
- Mills, C. W. (2000): *La imaginación sociológica*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España. Original de 1959.
- Moya, C. (1983): "Informe sobre la juventud contemporánea", *De juventud*, 9, pp. 25-52.
- Newell (1988): *Methods and models in demography*, Londres: Belhaven Press.
- Nietzsche, F. (2002): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Valencia: Diálogo. Original de 1872.
- Orwell, G. (2001): *1984*, Barcelona: Destino. Original de 1949. "George Orwell" es el seudónimo del escritor inglés Eric Arthur Blair.
- Parker, I. (1992): *Discourse dynamics: Critical analysis for social and individual psychology*, Londres: Routledge.
- Potter, J. (1998): *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*, Barcelona: Paidós. Original de 1996.
- Pressat (1983): *El análisis demográfico: conceptos, métodos, resultados*, Madrid: Fondo de Cultura Económica. Original de 1969.
- Revilla, J.C. (2001): "La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular", *Papers*, 63/64, pp. 103-122.
- Revilla, J.C. (1998): *La identidad personal de los jóvenes: pluralidad y autenticidad*, Madrid: Entinema.
- Revilla, J.C. (1996): *La identidad personal en la pluralidad de sus relatos: estudio sobre jóvenes*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Rousseau, J.J. (2005): *El Emilio o de la educación*, Madrid: Alianza Editorial. Original de 1762.
- Sáez Marín, J. (1995): "Los estudios sobre juventud en España: contextos de un proceso de investigación-acción (1960-1990)", *Revista Internacional de Sociología*, 10, pp. 159-197.
- Sontag, S. (1996): *Sobre la fotografía*, Barcelona: Edhasa. Original de 1975.

- Thrasher, F.M. (1927): *The gang: a study of 1313 gangs in Chicago*, Chicago: University of Chicago Press. No hay traducción al castellano de esta obra, que sí cuenta con ediciones posteriores en inglés.
- Torregrosa, J.R. (1972): *La juventud española. Conciencia generacional y política*, Barcelona: Ariel.
- Trousseau, R. (1995): *Historia de la literatura utópica: viajes a países inexistentes*. Original de 1979.
- Valles, M. S. (1989) *Abrirse camino en la vida. Proyectos vitales de los jóvenes madrileños*, Madrid: Ed. Universidad Complutense de Madrid, colección Tesis Doctorales, m 12/89, edición facsímil.
- Whyte, W.F. (1971): *La sociedad de las esquinas*, México: Diana. Original de 1943, *Street corner society*.